

dará otro consolador para que more siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros (1).

No es esto decir que Jesucristo, hijo de Dios y verdadero Dios, no hubiese comunicado á sus discípulos la gracia y la verdad de que él estaba lleno; sino que siendo el Verbo eterno, habia sido encargado mas particularmente de sembrar la palabra, que es el primer elemento profético, mientras que la efusion de la gracia, segundo elemento de la profecía, habia sido reservada en toda su plenitud á la tercera persona de la Santa Trinidad, coeternamente salida del Padre y del Hijo, fruto y lazo de su amor, término final de su fecundidad divina; y debiendo poner, á causa de esto, el sello final de la vida á la obra de Dios en el tiempo. Convenia tambien que los dos elementos proféticos, la palabra y la gracia, aunque inseparables uno de otro, tuviesen no obstante una emision distinta, á fin de que la humanidad, advertida por la magnitud de este doble acontecimiento, no se creyese capaz de comunicar con Dios, aun por medio de su palabra, sin la asistencia íntima y perpetua del espíritu divino. Tal fué el objeto y tal es el sentido de aquel famoso dia en que el Paráclito anunciado por Jesucristo descendió visiblemente sobre los Apóstoles, y arrancándoles los restos de debilidad y de oscuridad que aún conservaban, hizo de ellos esos hombres, cuya sangre, despues de la de Cristo, ha fundado en la tierra el reino de la verdad.

Pocos hay de vosotros, señores, que no hayan conocido por una experiencia personal la realidad del misterio profético. Todos habeis recibido la semilla de esta palabra, que no se parece á ninguna otra; todos un dia ú otro, niños ó jóvenes, habeis sentido en vuestra alma una uncion que la llenaba de luz, y os traía en castas lágrimas, el gusto del bien, el olvido de los sentidos, la paz y la presencia de Dios. En aquel dia todo se os dijo. Ningun hombre os volverá su alegría; ningun amor os volverá á traer su perfume, si no es el amor que se os dió entonces, y que, siendo la misma bondad divina, no espera de vosotros para amaros de nuevo mas que un arrepentimiento y un deseo. ¡Ojalá saqueis de vuestro corazon ese deseo y ese pesar, y que, por una segunda experiencia de la gracia, volvais á haceros siempre los hijos y los apóstoles de la única palabra que no engaña jamás.

(1) S. Juan, cap. 14, vers 16 y 17.

SERMON QUINCUGÉSIMO SÉPTIMO.

Del misterio, como objeto de la profecía.

Resulta de nuestra última conferencia, que las cosas reveladas de Dios por la profecía exceden al alcance natural de nuestro entendimiento, y están por consiguiente para nosotros fuera de toda demostracion y sobre toda comprension. Si no fuesen mas que indemostrables, el entendimiento se resignaria á ellas, puesto que hay verdades aun en el orden natural que se atestiguan y no se demuestran, tales como los hechos antiguos de que se compone la historia; y si el hombre obtiene crédito á su testimonio respecto de las cosas humanas, no se comprende bien porqué se lo ha de rehusar á Dios respecto de las cosas divinas. Pero hay en esto la diferencia de que el objeto de la profecía es incomprensible al mismo tiempo que indemostrable, y esto es lo que no quiere perdonarle el racionalismo. ¡Qué! dice, ¡presentais la profecía como la luz del mundo, y no obstante confesais vosotros mismos que no se la comprende! Llamais á vuestros dogmas con el nombre significativo de misterios; os vanagloriais en cierto modo de la oscuridad que reina en la revelacion; gritais segun vuestros libros: *¡Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios é impenetrables sus caminos (1)!* Pues bien, ¿cómo puede ser la luz del mundo lo que es misterioso, oscuro, inexcrutable, incomprensible en fin? Para nosotros, es decir, para todo hombre que no renuncia á su razon, el misterio es á un tiempo mismo inútil y absurdo; inútil, porque no se comprende su sentido; absurdo, porque en aquello cuyo sentido no se comprende, no hay nada racional.

Tal es, señores, la doble dificultad que surge ante nosotros, y que exige de mi parte aclaracion doble. Se nos dice que el misterio es inútil; yo probaré su utilidad: se añade que es absurdo; yo probaré su racionalidad.

Es cierto, señores, y sería una grande ilusion querer ocultároslo,

(1) Epistola á los Romanos, cap. 11, vers. 33.

es cierto que la palabra de Dios nos revela cosas que exceden á nuestra razon, y si fuera de otra suerte no tendria Dios ningun motivo para hablarnos, puesto que podríamos comprender por nosotros mismos las verdades que quisiera decirnos. Pero Dios es mas grande que nosotros. Colocado en el horizonte de lo infinito, que es su esencia, ve lo que nosotros no vemos, y nos dice lo que nadie mas que él sabria decirnos. ¿Por qué nos lo dice? No pudiendo ó no queriendo darnos la evidencia de las cosas que nos revela, ¿por qué nos las revela? ¿Dónde está la utilidad de esta comunicacion? Me parece, señores, que probándoos en una conferencia anterior la necesidad del comercio sobrenatural del hombre con Dios, he respondido ya. Pero lo he hecho metafísicamente, y si lo permitís, dejaremos hoy la metafísica. La utilidad es una cosa de hecho. Vosotros negais la utilidad de lo incomprendible, yo la sostengo. Poco importa en este momento la definicion exacta de las palabras: comprender, no comprender. Tal vez bastaria definir las para resolver la cuestion, pero no me parece que debo hacerlo. Las deixo en vuestra inteligencia tales como están en ella, y partiendo de la idea vulgar de que ser útil es hacer bien, pregunto: ¿Lo incomprendible hace bien al hombre? Si hace bien al hombre, si prueba esto la historia con entera evidencia, todos los racionios que opongais á este resultado serán como golpes en vago. En materia de utilidad, el resultado decide de todo. No importa que se explique ó no el beneficio; el beneficio existe. ¿Hay alguien que haya desconocido un beneficio, á pretexto de que no comprendia el procedimiento por el cual le habia servido su bienhechor?

Renuevo pues mi cuestion, me pregunto y os pregunto: ¿Hace bien lo incomprendible al hombre?

Hay entre vosotros quienes se creen seguros de no deber nada á este extraño bienhechor. Discípulos de la razon, juzgan que se han formado por sí mismos, y que no ha tenido parte en la composicion de su entendimiento mas que la evidencia. Pero aun cuando esto fuera cierto, un hombre no es el hombre, y yo hablo del hombre. Hablo de todos vosotros, contemporáneos del siglo diez y nueve, ligados por vuestros padres á los siglos que han precedido, perteneciendo juntos á un gran movimiento histórico que ha cambiado la faz del mundo, y que ha preparado á cada uno de vosotros otro destino que aquel con que le dotó el curso de la civilizacion antigua. Hé aquí al hombre real, al que yo interrogo, y no al hombre ideal que cree haberse separado de la paternidad de su tiempo. Ahora bien, ¿quién

ha hecho este hombre real? ¿Quién ha hecho la humanidad moderna? ¿No es el cristianismo? ¿Y hay uno solo de vosotros que niegue la superioridad del hombre cristiano sobre todos los que han sido hijos de otra generacion? Si lo dudais, yo os diré: Comparáos á vosotros mismos con la mas perfecta é ilustre humanidad que haya reinado en el mundo ántes y despues de vosotros. No hay duda que fué una gran raza la que tuvo á Atenas y á Roma por patria; raza fecunda en legisladores, en sabios, en héroes, memorable en la guerra por sus conquistas, en la política por sus instituciones, en la paz por sus actos, y que, despues de tantos siglos como hace que se ha extinguido, nos llama aún en torno de sus ruínas para darnos allí lecciones. Pero por maravillosa que haya sido su historia ¿quién de vosotros consentiria en renacer en esta antigüedad? ¿Quién de vosotros sacrificaría los derechos y los deberes del hombre cristiano á toda la gloria del romano ó del griego? Al leer aun las mas bellas páginas que nos han dejado, comprendemos, desde sus dioses hasta en sus virtudes, que fueron pueblos niños; y la misma excelencia de su literatura, lejos de ser el velo de su inferioridad, es su ruidosa é inmortal revelacion. Las obras maestras de estas dos lenguas permanecerán hasta la última posteridad para ser un testimonio de que puede hermanarse la barbarie de costumbres á una exquisita cultura del entendimiento, y una gran debilidad de pensamientos á una admirable ciencia de estilo. Así, cuando el cristianismo, nacido con el mundo, pero desconocido de él, se levantó para aparecer en esta sociedad ingeniosa y potente que jamás tuvo igual en la tierra, no tuvo mas que hablar y morir para arruinar la civilizacion. El hombre griego y romano no pudo permanecer ante el hombre cristiano.

¿Y qué es, pues, el hombre cristiano? ¿Qué es lo que llevaba consigo mas fuerte que Atenas y que Roma, que Atenas, maestra en la ciencia del decir, que Roma, señora en el arte de combatir y de gobernar? Lo que llevaba, señores, era una sola cosa que contenía todo lo demás: lo incomprendible. Anunciaba al mundo que la raza humana, manchada desde su origen, recibia y transmitia con su sangre la solidaridad de una falta inexplicable; pero que Dios, uno en tres personas, habia enviado su hijo á la tierra para tomar nuestra naturaleza en el seno de una vírgen, y rescatarnos por un sacrificio voluntario del pecado y de la muerte. Anunciaba que este misterio se habia realizado, que el hijo de Dios habiendo venido al mundo en carne humana apareció en la Judea, que enseñó en ella, y que condenado á muerte en una cruz, sepultado en un sepulcro,

resucitó al tercero día, asegurando con su muerte su triunfo sobre el pecado, y con su resurreccion su triunfo sobre la muerte. Tal era el dogma cristiano, y tal tambien el principio de la civilizacion que os ha hecho lo que sois, arruinando toda la sociedad antigua. Así pues, ó teneis que negar vuestra superioridad sobre las ideas y las cosas del paganismo, ó que reconocer la utilidad de lo incomprendible.

Podeis creer, señores, que el cristianismo encierra dos partes distintas : la una razonable, que es la fuente del bien que ha operado en el mundo ; la otra misteriosa, que no es mas que un velo con que le han cubierto por casualidad altas verdades y santas virtudes. Y en efecto, ¿ no se descompone así el Evangelio naturalmente ? Si en él se ven milagros y dogmas que consternan la razon, tambien se ve con mas frecuencia á un sabio que enseña á un pueblo una moral sencilla y sublime, la mansedumbre, la modestia, la paciencia, el desinterés, la justicia, y, lo que lo comprende todo en un solo precepto, el amor sincero de Dios y de los hombres. ¿ Debemos admirarnos de que un código tan perfecto, emanado de una alma pura que sostuvo hasta la muerte las lecciones que habia dado, haya producido á la larga en el género humano un saludable y memorable efecto ? Es imposible leer el Evangelio sin desear por lo menos ser mejor, y este deseo, que ha llegado á ser el de un gran número, ha concluido por realizarse en algunos que han adornado de siglo en siglo el mundo con sus virtudes. Lo incomprendible no es en el Evangelio mas que un accesorio sin consecuencia ; es el apólogo que precede ó encierra la verdad. Convengo, señores, en que el cristianismo viene á parar enteramente al amor de Dios y de los hombres, y que en esto estriba el secreto del cambio prodigioso que ha introducido y que sostiene entre nosotros. Pero este amor, desconocido de la tierra por tanto tiempo, tan difícil aún de conocer hoy por su propia experiencia, lejos de ser la causa de la revolucion moral operada por el cristianismo, es esta misma revolucion en su efecto final, en su efecto mas profundo. El Evangelio, decís, ha hecho amar á Dios y á los hombres ; es verdad, lo sé, lo digo ; ¿ pero cómo ha llegado á hacerles amar, á ellos que no eran amados hacia cuatro mil años ? ¿ Por dónde ha sacado al corazon humano del egoismo de sus pasiones, y sobre todo, del egoismo de sus virtudes ? ¿ Es porque ha dicho : Amad á Dios, amad á los hombres ? ¡ Ah ! señores, si solo hubiera dicho esto, hubiera tenido, es cierto, el poder que ejercen en nosotros tantos filósofos muertos ó vivos que nos honran con sus conse-

jos. Se hubiera levantado una estatua á Jesucristo en el umbral de una academia ; se hubiera poseído su retrato en los museos de los pueblos civilizados ; y desde que existe la imprenta, se hubiera escrito en todas las lenguas de Europa que el Evangelio es un hermoso libro ; pero el pobre no hubiera conocido ni el libro ni al sabio, y hubiera continuado el corazon de todos en gozar de sí en los sentidos y en el orgullo.

¿ Queréis saber cómo nos elevó hácia Dios Jesucristo, y cómo nos inclinó hácia el hombre ? Salid de este templo de nuestra Señora, y mirad á vuestra izquierda en un monumento sin mérito en su arquitectura, veréis esta inscripcion : *Casa de Dios*. Tal vez ha desaparecido la inscripcion de la piedra ; lo ignoro ; pero ella subsiste en la memoria y en la lengua del pueblo, y esto basta. Salvad la bóveda, subid la escalera, levantad los ojos á la imágen que está sobre la puerta, y veréis : *El hombre Dios*. Seguid mas adelante, penetrad en la celda de una de esas siervas voluntarias que consagran sus días á las dolencias del pobre ; sois jóven, gallardo, vivo, y ella tambien está adornada de una belleza que proviene de la virtud : ofrecedle vuestra mano, y os responderá : *¿ A mí, esposa de Dios !* Si estas tres palabras incomprendibles : *Casa de Dios, el hombre Dios, la esposa de Dios*, no os iluminan aún, preguntad á esta alma porqué ha abandonado las esperanzas del mundo para consumirse en un hospital, entre dolores ajenos, y ella os dirá su secreto. ¿ De quién quereis saberlo sino de los que tienen el amor cuya causa buscais ? Ella os dirá que ama á Dios, porque Dios la ha amado hasta la muerte ; y que ama á los hombres, porque Dios, tomando la naturaleza de estos y muriendo por ellos, ha hecho de ellos una parte de su adorable bondad. Si Dios no es hombre, si no ha muerto, estad seguros que no hay ya esposa de Dios, ni casa de Dios ; la virtud del cristiano brota de lo incomprendible, como la flor brota de la tierra. Lo incomprendible es el alma del cristiano, es su luz, su fuerza, su vida, su respiracion. Decid que esto es locura, en hora buena. Yo no he tratado de probaros que no fuese locura, sino que os es útil. Sesenta años hace que tratais de pasar sin esta locura, y de conservar los beneficios del cristianismo repudiando sus dogmas ; vosotros diréis si lo habeis conseguido.

El hombre es un animal divino, y lo incomprendible es su alimento. Si se le quitase alguna vez este don del cielo, tendríais un espectáculo que no puedo pintaros, porque jamás lo he presenciado. Aun el paganismo, enteramente desnudo como estaba, contenía

restos confusos de lo incomprendible primordial, y este resto es lo que ha hecho su grandeza en ciertos pueblos y en ciertos tiempos. Cuando Roma resolvió asentar en una colina solitaria el centro y fundamento de su futuro poderío, fundó en ella á un tiempo mismo un templo y un campamento, dejando entre ambos un espacio vacío, que era como el sitio donde se habia de mantener en pié, con una mano en las armas y con la otra en el cielo. Desde allí fué desde donde miró y dominó el universo, tomando en él una sabiduría tan invencible como su valor; y cuando sus triunfadores le llevaban los reyes y los despojos de las naciones, subian á aquel Capitolio, como al lugar tutelar, donde habian tomado su origen sus victorias en la voluntad de los dioses que lo habitaban. Este carácter religioso duró tanto como la virtud y la libertad de Roma. Los misterios sagrados todo lo presidian; llevábaseles hasta delante del enemigo, y aquellos famosos generales que habian recibido de la fortuna y de su genio tantas seguridades de vencer, no osaban dar una batalla sin haber consultado por los augures el impenetrable consejo de los dioses del mundo y de la patria. Pero cuando Ciceron pudo confesar que no concebía que tuvieran los augures el secreto de mirarse sin reir, cayó Roma del Capitolio al Palatino, del templo de los dioses al palacio de los Césares, y en breve seguido Tiberio de Nerón prodigó el desprecio de su tiranía á los vivos y á los muertos del pueblo-rey. Reíos cuanto gustéis de los pollos sagrados; pero sabed al menos que cuando ya no hubo pollos sagrados, no hubo ya Escipiones. Y por doquiera encontraréis en la historia del mundo el mismo espectáculo, proveniente de la misma causa. En todas partes ha nacido la decadencia de los pueblos de la decadencia de lo incomprendible, y ha devorado la tierra á todos los que no han mirado del cielo mas que lo que descubre la vista en el horizonte.

Paréceme bien que los Egipcios colocaran la esfinge á la entrada de sus templos. Está bien allí el antiguo amigo del hombre, y su natural introductor en lo infinito. Despreciadle cuanto queráis; apelad de él á la razon pura, á los derechos sagrados de la inteligencia humana: en cuanto á mí, me atenderé á la esfinge, mientras la vea á la puerta de las virtudes que fundan y de las glorias que tienen una posteridad. No obstante, me diréis aún, ¿para qué la esfinge? ¿para qué lo incomprendible? Aquí, señores, mudais la cuestion; ya no pedís que se os pruebe la utilidad de lo incomprendible, sino que se os dé razon de su existencia en el género humano. Ahora bien, creo habérsela dado en la conferencia en que traté reciente-

mente de la necesidad del comercio sobrenatural del hombre con Dios, y tal vez acabaré de iluminaros acerca de esto en lo que me resta que deciros sobre la racionalidad de las cosas de que tenemos la certidumbre, sin tener su comprension.

No pudiendo ser útil nada que sea absurdo, y especialmente útil á la humanidad entera, basta que lo incomprendible haga bien á los hombres para deducir de esto que es esencialmente racional. Por consiguiente, cualquiera que diga que el cristianismo es el bienhechor del mundo, dice al mismo tiempo que lo incomprendible, lejos de contradecir á la razon, es su postrero y mas magnífico esfuerzo. Esta prueba, no obstante, por suficiente que sea, no corresponderia, lo conozco, á la necesidad que teneis de profundizar tan grave asunto. Quiero, pues, tomar una via mas directa, y demostraros que en toda cosa racional entra un elemento incomprendible, como en toda cosa incomprendible un elemento racional. Hecho esto, ya no os será permitido pensar que la razon y el misterio se rechazan mutuamente, pues que jamás se halla el uno sin la otra; y que, así como en la naturaleza se asocia la sombra á la luz, sucede lo mismo en las profundidades infinitas donde se halle nuestra inteligencia en lucha con la verdad.

En primer lugar afirmo, que en toda cosa racional entra un elemento incomprendible. Nada hay mas al alcance de la razon que los cuerpos que pueblan el espacio, y sobre todo, que los cuerpos de que se compone el globo que habitamos; la razon los ve, los toca, los mide, los confronta, los analiza, hace de ellos todo cuanto quiere. Y no obstante, ¿cómo llama á lo que se halla en los cuerpos sometido á sus observaciones? Lo llama un fenómeno, es decir, algo que aparece. Enérgica y sincera confesion que prueba que no ve todo el cuerpo, y que si se ofrece en él alguna cosa á su curiosidad, se le oculta tambien alguna cosa de él. ¿Lo dudais? Considerad esta otra expresion por la cual designa la ciencia el cuerpo mismo; expresion de bien distinto modo formidable y desesperada, y que es al fenómeno lo que la noche al dia. Ella llama pues al cuerpo una sustancia, es decir lo que está bajo, un no sé qué que está bajo lo aparente. Y en efecto, señores, ¿qué es el cuerpo en sí? Cuando os habeis cerciorado de su color, de su peso, del modo de agregacion de sus partes, de la accion de agregacion que ejerce sobre los demás cuerpos, ¿sabeis lo que es? La química moderna, y ántes de ella la alquimia, han tratado sin duda de buscar la sustancia hasta sus últimas profundidades, y arrebatarle el secreto de su composicion. Y

aun han llegado á conseguirlo allí hasta un grado tal que parece prodigioso, y que pone ante nosotros desnudos misterios que la naturaleza habia sustraído largo tiempo á nuestras investigaciones. No obstante, la sombra no ha hecho mas que retroceder sin desaparecer, y el lugar que ha cedido á la luz no ha disminuído para nosotros el abismo de lo desconocido. Sabemos que los cuerpos, forzados por el análisis, se resuelven en cierto número de sustancias que llamamos elementos; pero no sabemos lo que es el elemento. La materia se refugia allí, como en un fuerte, donde desafía el orgullo de nuestras experiencias y la dictadura de nuestra voluntad.

Sucede con el germen vegetal y animal lo mismo que con el elemento mineral, pero con una circunstancia que no es inútil observar. El elemento mineral es objeto de la ciencia, en cuanto puede ella llevarse á constituir de nuevo un cuerpo propiamente dicho; pero cuando ha descompuesto el análisis los gérmenes del orden animal y vegetal, es impotente para hacer volver á ellos el principio de vida que contenian. No tiene bajo sus instrumentos mas que despojos inanimados, ve, toca el polvo misterioso de donde debia lanzarse el roble secular de los bosques, ó el ágil habitante de sus perdidos senderos; pero este polvo ha muerto para en adelante. ¿Por qué ha muerto? ¿Cómo es que, rota la losa del sepulcro, ha desaparecido el ser viviente? ¿Qué es la vida? La vida está en un germen; ella permanece allí por espacio de siglos, solitaria y silenciosa, sin perderse y sin operar; pero si lleva la mano á ella el análisis, huye la vida, como si celosa la naturaleza quisiera llegar á ser mas incomprendible á medida que llega á ser mas perfecta su obra.

En el hombre teneis una prueba de ello sobrado irrecusable. El hombre es cuerpo, y encierra en su cuerpo todo lo desconocido del universo material, todos los hechos que se ven sin explicarse. Pero conjuntamente á este primer misterio, en el tejido complejo de una personalidad única, lleva un segundo abismo, mas espantoso que el primero, el abismo del pensamiento. El hombre piensa, quiere, es libre, se gobierna, cosas todas de que no se ve señal alguna en los cuerpos, y cosas todas que se escapan á los medios mas ingeniosos del análisis científico. Nunca sabio alguno ha podido atraer el pensamiento á su crisol; jamás ha podido someterle á ningun instrumento. El espiritualista afirma que el pensamiento no es hijo del cuerpo, sino de otra sustancia que llama espíritu; y que falta de figura, de extension, de color, de peso, de todo cuanto conocemos por los sentidos, constituye una realidad, de la que nada de lo visible podria darnos

la mas oscura y mas lejana representacion. Así ahora mismo, en el mas bajo de los seres, el elemento mineral, aunque permaneciendo bajo nuestros ojos, se escapaba en su esencia á los esfuerzos de nuestras investigaciones; un poco mas alto, en el germen animal y vegetal, huíase la vida ante nuestras pesquisas, y ni aun nos dejaba el consuelo de entrever el resorte de donde brota su actividad; ahora ved la inteligencia que no se deja aproximar á nosotros bajo ninguna forma, por ninguna imágen, no obstante que sea nosotros mismos. Es verdad que el materialista niega el espíritu, y sostiene que el pensamiento es un simple efecto del cuerpo que ha llegado á cierta perfeccion; ¿pero es esto mas claro? ¿Nos explicaremos mejor cómo la materia que no piensa por sí misma, toma en una organizacion cualquiera la facultad de pensar?

Como quiera que sea, nosotros pensamos, y en el misterio personal de nuestro pensamiento surge otro mas profundo aún, que llamamos lo eterno, lo infinito, Dios. Así como la naturaleza es el horizonte personal de nuestro ojo físico, así Dios es el horizonte necesario de nuestro ojo intelectual. No podemos levantar nuestros párpados, sin ver el espacio indefinido donde se mueven los cuerpos; y no podemos despertar nuestro pensamiento, sin que descubra la causa primera que contiene en sí todo lo posible y todo lo real. El impío puede rehusarle el nombre de Dios; puede tratar de confundir la causa con el efecto, transportando al mundo visible la idea que tenemos del ser subsistente por sí; pero este esfuerzo desesperado no quita nada á la profundidad del misterio que habita el pensamiento, y por mas que este haga, tiene ante sí la eternidad. Por otra parte, señores, yo no me dirijo jamás al ateísmo; niño perdido de los últimos desórdenes del corazón, tiene muy pocos representantes para que se le hable en una gran reunion de personas; vuestro solo nombre me anuncia que creéis en Dios, y que tanto mi derecho como mi deber es oponer á vuestra ambicion de comprenderlo todo la incomprendible luz de su naturaleza y de su nombre. ¡Oh señores! ¿Cuál es la inteligencia colocada enfrente de este abismo final, que diga: ¡Lo he sondeado! ¿Qué alma, por vasta que sea, no se ha detenido triste y pensativa ante esta palabra tan corta: ¡Dios! ¡Un átomo nos confunde, y hénos aquí en presencia de lo infinito! ¿Os lo representais? ¿Os representais una sustancia sin principio en su duracion, sin límites en su ser, llenándolo todo con su presencia y su accion, aunque concentrada en una indivisible unidad que no tiene lugar mas que en sí misma? Terminaria el dia, ántes que yo acabase la

nomencatura de los misterios contenidos en este misterio supremo, donde no obstante toma nacimiento toda vida y toda claridad. Porque nuestra suerte es encontrar tinieblas en las mismas cosas donde tomamos la luz. Una mano tan avara como pródiga ha mezclado sabiamente desde la tierra al alma, desde el espíritu á Dios, la sombra que nos ciega al esplendor que nos arrebató, en las tres esferas de nuestra especulacion y de nuestra actividad. En vano se indigna la razon por este adúltero himeneo; es necesario que acepte lo incomprendible como la ribera que contiene la evidencia, ó que renunciando á la verdad, le diga en el escepticismo un á Dios irrevocable.

El escepticismo, señores, no es mas que la desesperacion de una inteligencia bastante grande para conocer que ella no ve *el todo de nada*, segun la expresion de Pascal, pero sobrado débil para respetar en el misterio el límite inevitable impuesto al entendimiento creado. Mientras el racionalista vulgar, embriagado con sus propias ideas, cree comprender todo lo que piensa; el escéptico, con tanto orgullo y con mas penetracion, discierne el lado débil de la ciencia humana, y concibe un sombrío tedio de la verdad. Paseando su melancólica mirada sobre el encadenamiento progresivo de las cosas y deteniéndola en Dios, se pregunta: ¿Por ventura comprendo á Dios? No: ¡pues bien, quitemos á Dios! ¿Pero me comprendo acaso á mí mismo, á mi espíritu? No: ¡pues bien, quitemos el espíritu! ¿Pero comprendo por lo menos la materia? La materia la veo sin duda, la experimento; ¿pero sé yo, no obstante, lo que es? ¿Puedo decir que la comprendo? ¡Pues bien, quitemos la materia! Así, señores, de grado en grado, de desesperacion en desesperacion, se *desvanece* la razon por sí misma, segun la enérgica expresion de San Pablo, y se dice con lamentable angustia, sobre las ruinas inciertas de toda realidad: ¡Qué sé yo y qué soy! Es cierto que no baja con frecuencia la duda hasta esta profundidad donde nada subsiste en el espíritu; pero en cualquier parte que se detenga es el matador del alma, y mas alto ó mas bajo, solo tiene una misma causa, que es la negacion á consentir en lo incomprendible como en una necesidad y en un elemento de la razon. Por mi parte, señores, si me hallase en ese caso, si no reconociese el signo de la verdad sino en una claridad absoluta, os lo declaro, no creeria mas en la materia que en el espíritu, ni mas en el espíritu que en Dios; seria yo para mí mismo un enigma doloroso, un soplo en el desierto, una queja en un sepulcro, el juguete de una existencia sin principio ni objeto; marcharia en mis días al azar de cada sol, entre la

tristeza de ayer y la alegría de mañana, no esperando nada mas de la vida, nada mas de la muerte. Pero gracias á Dios, yo adoro en la evidencia la sombra que la limita; yo sé que la verdad, objeto único y santo de toda mi alma, es grande como lo infinito, y que no siendo incomprendible lo infinito, sino á su igual, es decir, á sí mismo, es natural que yo no vea nada hasta el fin, sino en una medida que baste para conocerlo sin bastar para agotarlo.

Así como se halla en toda cosa racional un elemento incomprendible, así en toda cosa incomprendible se halla tambien un elemento racional, es decir, la idea. La idea es todo lo que ve el espíritu, y no viendo nada el espíritu sino por su luz primitiva, que es la razon, se sigue, que toda idea, por problemática que sea, es un elemento racional. Ahora bien, el cristianismo, cuyo dogma confesamos ser incomprendible, el cristianismo lleva evidentemente en su mismo dogma el tesoro de la idea, y si lo dudais, no os daré mas que una prueba de ello, y es que habla. El cristianismo habla, habla dogmáticamente hace diez y ocho siglos; así pues, por incomprendible que sea su dogma, su dogma es una idea, y por consiguiente, algo de racional.

¿Os admira acaso este razonamiento, señores? ¿Por ventura nunca habeis reflexionado lo que es hablar? Hablar es enlazar palabras, y siendo las palabras ideas vivas bajo una expresion, hablar es enlazar ideas. Todo el que habla, da una prueba de que ve algo en su inteligencia, y de que trasmite á la inteligencia que le escucha toda ó parte de la luz con que se halla iluminado. Si fuera de otra suerte, la palabra no seria mas que una serie de sonidos que caen en el oido y no en la inteligencia; seria ruido, y aun un ruido sin significado. ¡Pero qué! me diréis, ¿no habla tambien lo absurdo? Y puesto que habla, ¿será una luz, una idea, un elemento racional? Sin duda, señores, es todo esto, y si no lo fuera, le seria imposible hablar y ser oido. Lo absurdo es la evidencia de lo falso; y no siendo lo falso mas que una verdad de que se abusa, lo que le permite enunciarse es la verdad oculta en lo falso. Un error absoluto, como que no representaria nada al entendimiento, no suscitaria expresion alguna en el pensamiento, seria la nada pura. La gloria de la verdad es vivir hasta en el error, é iluminar la palabra que la expresa, de modo que salte el absurdo á los ojos del entendimiento. Lejos, pues, de no haber idea ó sustancia racional en lo absurdo, se encuentra en él en tanto grado, que todo el mundo dice al momento: Eso no tiene sentido comun. Lo absurdo es la segunda revelacion de lo ver-